

“Conclusión”

p. 947-962

Claude Fell

*José Vasconcelos. Los años del águila, 1920-1925
Educación, cultura e iberoamericanismo en el México
Posrevolucionario. Tomo II*

Segunda edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2021

554 p.

Figuras

(Historia Moderna y Contemporánea 21)

ISBN 978-607-30-3043-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de abril de 2021

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/248b_02/vasconcelos_aguila.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2021, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



CONCLUSIÓN

Espero que algún día conozcan en Santinike-tan a José de Vasconcelos (el ex ministro de Instrucción Pública de México) y su obra admirable de educación pública. Él encabeza a toda la joven América.

ROMAIN ROLLAND, *Carta a Kalinas Nag*,
9 de febrero de 1925

Generalmente es a través de los cuatro tomos de su autobiografía como se abordan la obra y el pensamiento de José Vasconcelos. Muchos comentaristas y bastantes lectores han observado que, a medida que se penetra en este fresco autobiográfico, donde numerosos comparsas y adversarios parecen haber sido captados por el pincel cruel y satírico de José Clemente Orozco, va surgiendo todo un haz de contradicciones cada vez más evidentes. Y se termina por plantearse la pregunta: ¿por qué —si no es que para poder “ajustar cuentas”— escribo Vasconcelos estos libros? Haciendo a un lado las evocaciones de infancia y juventud del *Ulises criollo*, el primero y más sereno de los cuatro libros, no encontramos sino traición, viles venganzas, abusos de fuerza, baños de sangre, intrigas entre bambalinas. La mayoría de los personajes clave de la Revolución hacen el papel de bestias taimadas o sanguinarias: Villa, Zapata, Huerta, Carranza, Calles e incluso Álvaro Obregón. Sólo emerge libre de este fango aquel a quien Vasconcelos llama y llamará toda su vida “el apóstol”, “el santo”, “el mártir”: el presidente Francisco I. Madero. Por lo demás, de *La tormenta* se cae en *El desastre*, y la infamia generalizada triunfa y se institucionaliza en *El proconsulado*.

Yo mismo, en el curso de mis primeras investigaciones sobre Vasconcelos, recorrí este trayecto de desengaño a través de sus obras más conocidas, como *La raza cósmica*. Cuando intenté saber más, en 1964, durante mi primera estancia en México, los



rostros se cerraban y de inmediato se agotaban las posibles fuentes de información. A cinco años de su muerte, José Vasconcelos era todavía una especie de remordimiento de México, a quien se reprochaba indistintamente la acritud de algunos de sus artículos —él mismo se consideraba “escritor violento”—, su gusto por el escándalo, su campaña presidencial de 1929, su largo destierro, su participación controvertida en los acontecimientos revolucionarios, el hecho de haber dirigido durante la guerra una revista abiertamente pronazi —*Timón*—, su antiamericanismo luego transformado en una sonada adhesión a los Estados Unidos durante la Guerra Fría, sus ataques contra la Iglesia y su catolicismo un tanto exaltado, etcétera.

Sin embargo, en *El desastre*, el tercer tomo de las memorias de este “Ulises Criollo presa de las Furias de la política”, para retomar una fórmula de Alfonso Reyes, Vasconcelos consagra páginas emotivas a la obra que consumó en esos “breves años en que —dice— fue mi pasión la multitud, sus dolores y sus potencialidades”. Este corto periodo, que corresponde a los años de 1920 a 1924 y que prolonga y culmina la acción iberoamericanista de 1925 (año en que Vasconcelos se convierte realmente en “Maestro de la juventud” para la mayor parte del mundo estudiantil y universitario latinoamericano), sólo era evocado de manera rápida por los biógrafos, quienes preferían profundizar en su autobiografía y sus numerosos trabajos filosóficos e históricos. Solamente Samuel Ramos, tanto en *Veinte años de educación en México*, como en *El perfil del hombre y la cultura en México*, y más tarde Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, atribuyen una importancia capital para la evolución sociocultural moderna de México a la acción realizada por Vasconcelos durante la presidencia de Álvaro Obregón.

Como habrá visto quien haya tenido la paciencia de leer este trabajo, dos campos de exploración y de documentación se abren al investigador que quiera saber más sobre el ministerio de Vasconcelos. Por una parte, lo que el propio Vasconcelos escribió, *después de 1925*, sobre su acción dentro de la SEP: los largos pasajes de *Indología* y de *Bolivarismo y monroísmo*, donde describe y comenta las grandes orientaciones de su política educativa y

cultural, así como sus ideas fundamentales sobre el iberoamericanismo, y un trabajo de pedagogía publicado en 1935, *De Robinsón a Odiseo, pedagogía estructuralista*. Por otra parte —y éste fue el verdadero objeto de mi trabajo— se puede intentar la reconstitución, a partir de documentos, de testimonios de la época, de archivos, de cartas y de artículos contemporáneos de la presidencia de Obregón, de lo que fue realmente, *en el momento mismo en que estaba siendo ideada y aplicada*, la política educativa y cultural de Vasconcelos; cuáles fueron sus orientaciones fundamentales, sus éxitos, sus fracasos, sus alcances, sus lagunas, sus objetivos a corto y a largo plazo. Tal reconstitución encuentra numerosos obstáculos: los archivos de la Secretaría de Educación Pública son bastante pobres en lo relativo a esta época; el Archivo General de la Nación no tiene ningún legajo directamente relacionado con la gestión de Vasconcelos. En cambio, la prensa diaria y las revistas del momento, algunos archivos privados como los de Alfonso Reyes, Ezequiel Chávez o (en Lima) el de José de la Riva Agüero, el análisis (nunca antes efectuado) de los valiosísimos *Boletines* de la Universidad y de la SEP publicados entre 1920 y 1924, la utilización del *Anuario Estadístico* de 1923-1924, permiten hacer un balance relativamente completo de la acción de Vasconcelos durante los cerca de cuarenta meses en que rigió los destinos de la cultura y la educación mexicanas.

Lo que caracteriza la obra emprendida por Vasconcelos, por los intelectuales reunidos a su alrededor (Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Vicente Lombardo Toledano, Gabriela Mistral, Jaime Torres Bodet, Carlos Pellicer, Julio Torri, Rafael Heliodoro Valle, Daniel Cosío Villegas, etcétera) y por los artistas que recibían subvenciones de la SEP (Diego Rivera, José Clemente Orozco, Roberto Montenegro, Alfredo Ramos Martínez, Carlos Mérida, Jean Charlot, Manuel Ponce, Julián Carrillo, Manuel Centurión, etcétera), es *la confrontación directa del pensamiento y de la acción* ante algunos problemas concretos urgentes que era necesario resolver tan rápida y completamente como fuera posible. José Vasconcelos es uno de los raros intelectuales hispanoamericanos que han tenido la posibilidad y la responsabilidad de elaborar y aplicar un plan general de educación y de cultura, en un país que,



en 1920, es representativo, en estos renglones, de la mayoría de las naciones del continente (Argentina, Uruguay y —en cierta medida— Chile, serían excepciones). Vasconcelos y sus colaboradores reciben múltiples testimonios acerca de la similitud de los problemas educativos y culturales que se plantean en Perú, en Ecuador, en Guatemala, en Colombia, en Venezuela —aplasmada por la dictadura de Juan Vicente Gómez—, en Panamá, en Cuba, etcétera.

José Vasconcelos tuvo, pues, que encontrar soluciones (parciales, provisionales o a largo plazo) a cuestiones tales como el analfabetismo, que afectaba por entonces a más del 80% de la población (con cifras récord de 91% en Chiapas, 88% en Oaxaca, 90% en Guerrero, 86% en Nayarit e incluso 82% en el Estado de México; sólo el Distrito Federal, con 47% se encontraba por debajo del parteaguas del 50%, según cifras de 1919); la concentración de la enseñanza y de las escuelas en las ciudades, a expensas del campo; una enseñanza superior reorganizada en 1910 por don Justo Sierra, pero que funcionaba en el vacío y no hacía sino proporcionar a una ínfima minoría conocimientos tradicionales (derecho y, en menor escala, medicina); una educación secundaria dispersa y mal estructurada, escindida entre la preparatoria y los estudios más específicamente secundarios; una enseñanza primaria deficiente, carente de locales, maestros, medios, orientaciones pedagógicas precisas y, sobre todo, que no resultaba adaptada a la realidad mexicana; la integración de las poblaciones indígenas que, según el censo de 1910, constituían el 33% de la población total: 1 900 000 no hablaban español y 3 millones sólo lo hablaban rudimentariamente; una vida cultural y artística enajenada, desorganizada por los acontecimientos de la Revolución (numerosos artistas y escritores vivían en el extranjero o guardaban silencio); una escisión y una inadecuación dramáticas entre la población y la producción cultural; una industria editorial inexistente, etcétera.

Vasconcelos se enfrentó a estos distintos problemas sin esquivar ninguno. Su perspectiva fue deliberadamente *global* y se alimentó de un conocimiento *directo* de las dificultades: por primera vez, un ministro recorrió el país en todas las direcciones,

visitó las regiones más desfavorecidas, habló con profesores y autoridades locales, envió maestros misioneros a los distintos estados de la federación. Aun si su breve desempeño a la cabeza de la Escuela Nacional Preparatoria y luego en el Ministerio de Instrucción Pública durante el gobierno de Eulalio Gutiérrez, en 1914-1915, no le enseñó gran cosa, Vasconcelos combinó esas diferentes experiencias y sus lecturas anteriores a 1920. Tomó la inspiración para su política en tres fuentes fundamentales:

1. La acción realizada por Justo Sierra, quien sentó algunas estructuras, más o menos maltrechas tras la Revolución, pero que por lo general resistieron bastante bien el paso del tiempo. Sin disponer siempre de medios para aplicar su política, también Justo Sierra tenía una visión de conjunto de los problemas nacionales en materia de educación y de cultura. En esta perspectiva el Congreso Nacional de Instrucción Pública de 1889 marcó una etapa decisiva
2. “Toda pedagogía implica una tesis sobre el destino y no solamente una ciencia de los objetos”, escribe Vasconcelos en *De Robinsón a Odiseo*. Pero ya desde 1920 sus ideas sobre la educación y la cultura estaban profundamente marcadas por el debate antipositivista que se dio en el seno del Ateneo de la Juventud —uno de cuyos pilares había sido Vasconcelos— a partir de 1909. Por tanto, no es sorprendente que uno de sus primeros ensayos importantes haya sido la conferencia titulada “Gabino Barreda y las ideas contemporáneas”. A un sistema que descansaba básicamente sobre la clasificación comtiana de las ciencias, Vasconcelos opone una “mística”, un “ideal”; su campo de exploración no es ya la naturaleza y la materia, sino el alma y la emoción. Basándose en Bergson y, sobre todo, en Schopenhauer —el gran inspirador de la generación del Ateneo—, Vasconcelos propone acceder a los conocimientos fundamentales tomando las vías y los métodos de la religión, de la literatura, del arte y también del “impulso vital”. Aun si a menudo insiste sobre el aspecto necesariamente *práctico* de la educación, Vasconcelos construye el



sistema educativo y cultural implantado a partir de 1920-1921 sobre la filosofía espiritualista adquirida, precisada y expuesta en el Ateneo de la Juventud.

3. Por último, la tercera fuente de inspiración de la que Vasconcelos bebió durante su exilio californiano fue la reforma de la educación soviética que se desarrolla a partir de 1918, impulsada por Lenin y Krupskaja, pero también por esos formidables propagandistas que fueron Anatoli Lunacharsky y Máximo Gorki. Vasconcelos tomó de los rusos, cuyas iniciativas en los renglones cultural y educativo encuentran amplio eco en la prensa mundial a partir de 1918-1919, la idea de que un sistema de educación, para ser operante, debe presentar una coherencia total desde el jardín de niños hasta la universidad. También aprendió de ellos algunas técnicas de difusión cultural: la organización de festivales populares, las ediciones de gran tiraje y precio reducido, la multiplicación de las bibliotecas, la sistematización de la alfabetización, la preservación y el desarrollo del patrimonio cultural nacional, al cual se integrarían objetos culturales ajenos. En cambio, rechazó siempre la politización general del sistema, y basta comparar las campañas de alfabetización realizadas casi simultáneamente en ambos países para convencerse de ello. Vasconcelos fue también particularmente sensible al hecho de que las medidas educativas y culturales tomadas por los rusos siguieron inmediatamente al sacudimiento de la Revolución de octubre, mientras que México, entre 1910 y 1920, atraviesa lo que Daniel Cosío Villegas llamaría más tarde “un eclipse cultural” y entra en una fase de regresión e incluso a veces de destrucción de los mecanismos elaborados por Gabino Barreda, y luego por Justo Sierra. En 1920, según las estadísticas oficiales, sólo hay un 4.93% de población escolarizada, mientras que en 1910 era un 6.23% y pese a que el número global de habitantes es inferior en 1920 al de 1910. Las causas de esta desorganización son múltiples, pero cuando en 1920 Vasconcelos es nombrado rector de la Universidad de México por Adolfo

de la Huerta: ya no existía el Ministerio de Instrucción Pública; la Universidad no era sino un cascarón vacío, tras la deserción de los estudiantes, ahuyentados por el alto costo de las inscripciones; y la escuela primaria estaba al borde del precipicio: su gestión había sido confiada, básicamente, a los municipios, los cuales ya no pagaban a los maestros, ni mantenían las instalaciones, ni abrían escuelas nuevas.

Ante tal situación catastrófica (en su discurso inaugural habla de “montón de ruinas”), Vasconcelos se lanza en cuerpo y alma a emprender un conjunto de reformas fundamentales, a partir de un presupuesto total: la “cruzada educativa y cultural” que se propone iniciar debe involucrar a *la totalidad* de los mexicanos y no a algunos núcleos urbanizados de la población. Concibe su tarea desde un ángulo esencialmente *social*: “No puedo dejar de creer que un Estado —declara en 1920—, cualquiera que él sea, que permite que subsista el contraste del absoluto desamparo con la sabiduría intensa o la riqueza extrema, es un Estado injusto, cruel y rematadamente bárbaro.”

Este presupuesto explica las primeras medidas que propone al país y a las instituciones:

1. El inicio de una campaña nacional de lucha contra el analfabetismo, llevada a cabo básicamente por trabajadores voluntarios. Se puede calcular en cerca de 100 000 el número de personas beneficiadas por esta campaña, lo cual es a la vez poco y mucho. Habrá que esperar hasta 1944 y el nombramiento de Jaime Torres Bodet al frente de la SEP para que México se lance una vez más a una campaña semejante. Pero hay que subrayar el carácter “unanimista” de la mayoría de las grandes acciones emprendidas por Vasconcelos, unanimismo que algunos de sus contemporáneos tildan de “demagógico” o “utópico”.
2. La reconstitución de un ministerio *federal* de Educación Pública, pese a las reticencias muy vivas de algunos esta-



dos (por ejemplo Yucatán), que consideraban que esta medida amenazaba su autonomía. En un primer momento, los resultados fueron benéficos y espectaculares: el Estado multiplicó las nuevas escuelas, la mayoría de los programas fueron unificados, mejoró sustancialmente la situación material de la mayoría de los maestros, se establecieron contratos de asociación entre la SEP y los establecimientos municipales. En un segundo momento, se vio que muchos gobiernos locales tenían la desafortunada tendencia a dejar sus responsabilidades en manos del poder central y, en 1923-1924, graves diferencias aparecieron entre Vasconcelos y las autoridades de los estados de Puebla y Oaxaca, donde, una vez más, se dejó de pagar a los maestros durante varios meses.

Otra idea fundamental se desprende de la política aplicada por Vasconcelos: las medidas tomadas en el rubro de la educación y la cultura deben ir acompañadas de una serie de reformas generales en otros sectores de la vida nacional:

- 1) El desarrollo de la educación —y más particularmente de la educación rural— debe conllevar una intensificación de la reforma agraria.
- 2) México debe practicar una política de cohesión y de “regeneración” nacional, haciendo propios los grandes principios definidos por Madero. Según Vasconcelos, el gobierno de Álvaro Obregón es heredero directo del presidente asesinado en 1913.
- 3) La implantación de una educación nueva debe tener en cuenta la evolución del devenir mexicano, lo que lleva a Vasconcelos a trazar una serie de frescos históricos en los que pone en tela de juicio el latifundismo y el militarismo, que son, para él, los dos azotes constantes y fundamentales de la sociedad mexicana e hispanoamericana, además de la ignorancia generalizada y la violencia de la vida política.
- 4) Se requiere multiplicar las construcciones escolares; Vasconcelos fue un ministro constructor.

- 5) Es necesario redefinir las reglas que rigen la formación de los maestros y las condiciones de su inserción social, revalorizando su papel en los ámbitos local y nacional. Vasconcelos es el instigador de lo que hoy en día llamaríamos la capacitación permanente, mediante dos iniciativas, la segunda de las cuales tendría pleno desarrollo bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles: los cursos de invierno y las misiones culturales, en los que se inspiró buena parte de los países hispanoamericanos.
- 6) Hay que encontrar un nuevo modelo escolar que esté más adaptado a la realidad mexicana y a las necesidades reales de la población. Yucatán propone la Escuela Racional, inspirada en los principios del anarquista español Francisco Ferrer Guardia; Vasconcelos se adhiere, como Eulalia Guzmán y otros pedagogos, a la Escuela Activa.
- 7) Es necesario integrar a la nación las comunidades indígenas marginadas y pauperizadas. Con ciertos matices, particularmente claros en la serie de medidas que dicta en 1923, Vasconcelos propone “castellanizar al indio”, rechazando categóricamente la solución de la “reservación” que algunos sugerían. Los artesanos y motores de esta integración han de ser los maestros misioneros, cuyo número Vasconcelos multiplica a partir de 1922, y las Casas del Pueblo, cuyas atribuciones define en la misma época, con ayuda de Enrique Corona.
- 8) Siempre en relación con la atención a los problemas relativos al desarrollo socioeconómico nacional, Vasconcelos es el verdadero creador de la enseñanza profesional y técnica. Es particularmente durante su gestión cuando se implanta y se desarrolla la enseñanza técnica *femenina*.
- 9) Aun cuando el énfasis se haya puesto en la enseñanza primaria y técnica, no se descuidó la Universidad. Pero en este terreno específico, Vasconcelos sin duda encontró los mayores obstáculos que tuvo que superar: con Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, acerca de la cuestión crucial de la autonomía universitaria, que Vasconcelos no estuvo dispuesto a conceder; con Lombardo Toledano,



acerca de la reforma de la Escuela Nacional Preparatoria; con las federaciones estudiantiles y la CROM, respecto de la gestión de los establecimientos secundarios y superiores.

En estos puntos de las reformas de la Universidad y la Preparatoria se enfrentan violentamente los antiguos compañeros del Ateneo, y el grupo —que en 1920 se reconstituyera parcialmente— termina por escindirse de manera definitiva.

Esta pléyade de reformas subraya un hecho esencial: al implantar y desarrollar esta política, Vasconcelos privilegia claramente *la acción del Estado y del poder central*. Si ello es cierto en el terreno educativo, lo es también en el ámbito *cultural*, tanto a nivel ideológico como práctico. Existe, obviamente, un vínculo estrecho entre el pensamiento estético de Vasconcelos, tal como lo definió en sus escritos anteriores a 1920, y la praxis cultural que desarrolla en el seno de la SEP. Esos ensayos, poco conocidos y raramente comentados, prefiguran la *Filosofía estética* que Vasconcelos publica en 1952. Se pueden apreciar ahí dos influencias capitales, que encontrarían prolongaciones directas en ciertas realizaciones del periodo 1920-1924 (festivales al aire libre, música, teatro): la de Pitágoras y la de Plotino.

A ejemplo de tales maestros, Vasconcelos concibe la cultura como un factor de liberación y de elevación del ser; debe ella constituir el eje de la civilización perfecta, aquella que propone “el mayor aprovechamiento de las energías del mundo y de las energías del cuerpo en beneficio de una vida espiritual más intensa y más amplia”.¹ Al espíritu liberado de sus servidumbres, la cultura ofrece, según Vasconcelos, un trampolín hacia el absoluto. Todas sus declaraciones de esta época van en el mismo sentido: confía en el socialismo según Liebknecht para liberar los cuerpos, y en el arte según Pitágoras para exaltar las almas.

Como lo señala Daniel Cosío Villegas ya desde julio de 1923 en dos artículos publicados en *El Universal*, el desarrollo de la pintura es el rasgo más acusado de lo que el Doctor Atl llama en

¹ José Vasconcelos, *Estudios indostánicos*, en *Obras completas*, 4 v., Libreros Mexicanos Unidos, 1959, v. III, p. 201.

esa época “el renacimiento artístico de México”. El muralismo se sitúa en la confluencia de una serie de factores históricos, sociológicos, estéticos, técnicos y políticos. No se le podría reducir ni a su factura propiamente dicha, ni a la ideología que vehicula y que Octavio Paz más tarde asimila a una “ideología de sustitución”. Siguiendo a Francastel, hemos intentado hallar en ese movimiento un “pensamiento plástico” que propone a la sociedad mexicana no ya “objetos figurativos de sus certezas previas”, sino, por el contrario, “matrices donde se revelan nuevas relaciones, nuevos valores”. El muralismo tuvo al menos el gran mérito de poner en tela de juicio —como deseaba Vasconcelos— las relaciones artistas-público-Estado-obra de arte. ¿Instauró ese “nuevo orden liberador” del que habla Diego Rivera en una carta a Alfonso Reyes? ¿Logró “socializar la expresión artística”, como pedía el Sindicato de Pintores en 1922? Las respuestas a tales preguntas son un tanto matizadas, así como es evidente la oposición fundamental que aparece poco a poco entre el “misticismo estético” de Vasconcelos y el “compromiso artístico” de los muralistas, aun si ya desde 1920 el ministro afirmaba que “el saber y el arte” deben servir para “mejorar la condición de los hombres”. Pero más allá de esas divergencias, se impone un hecho de grandes consecuencias para el futuro cultural de México: Vasconcelos, desde su gestión ministerial, elabora y promueve un *modelo cultural de Estado* que, aun cuando encuentra detractores y sólo tiene una difusión restringida, tiende a convertirse en *dominante*.

Para Vasconcelos, la pintura no es sino uno de los elementos de una política cultural que abarca la música, el dibujo y las artes populares, la arquitectura, la escultura, el teatro (es en estos tres últimos campos, junto con el de la música, donde las ideas de Vasconcelos son más coherentes e innovadoras) así como también el auge de la edición (lo que incluye la famosa cuestión de los “*Clásicos*”, que tanta tinta hizo correr en esa época y que recuerda, aunque en menor escala, la oposición, en Rusia, entre Lunacharsky y los partidarios del Proletkult) y la multiplicación de bibliotecas. Todo lo anterior lleva lógicamente a plantear el problema —tan debatido también posteriormente— del estatuto del intelectual y del artista en la sociedad mexicana, y de la crea-



ción literaria y artística en función de la situación nueva engendrada por la Revolución de 1910.

Finalmente, hay una continuidad estrecha entre el programa iberoamericanista que Vasconcelos aplica desde 1920 y las posturas que llega a tomar después de 1924 como “Maestro de la Juventud” reconocido por varias asociaciones estudiantiles hispanoamericanas. A través de ellas —y en este campo recibió el apoyo del presidente Obregón— Vasconcelos intentó (y en parte logró) romper el aislamiento en que se encontraba en 1920 el país cuyo gobierno no era reconocido por el de los Estados Unidos y, con tal fin, se vuelve no hacia Europa, sino hacia el sur del continente. El incidente de Venezuela, en octubre de 1920, es revelador en este sentido.

Al lado de José Ingenieros, de Gabriela Mistral, de Eduardo Molina, de Alfredo Palacios y de hombres más jóvenes como Germán Arciniegas, Miguel Ángel Asturias, Raúl Silva Castro, Víctor Raúl Haya de la Torre, Vasconcelos denuncia el cesarismo y el latifundismo, exalta el movimiento de reforma universitaria nacido en Córdoba, Argentina, en 1918, alienta la creación de universidades populares, predica la comprensión y la unión entre los pueblos hispanoamericanos, propone la solución pacífica de conflictos tales como el que oponía a Perú y Chile, se rebela contra toda injerencia de los Estados Unidos, combate el panamericanismo (la conferencia panamericana de marzo de 1923, efectuada en Santiago de Chile —y a la cual México no asiste— es un fracaso), denuncia el militarismo que amenaza ciertos regímenes, celebra el triunfo de la democracia en Brasil o Argentina, analiza (con reservas) el auge del radicalismo en Uruguay, en Argentina, en Chile, donde ve con justa razón el surgimiento de las clases medias y el desplazamiento del poder político en detrimento de la oligarquía terrateniente tradicional.

El viaje que efectúa en 1922 por el sur del continente le permite a la vez reafirmar sus convicciones sobre todos estos temas y hacer que se conozca mejor la realidad mexicana en las naciones hermanas. Los diversos mensajes que envía a los estudiantes de Colombia, Perú, Costa Rica, Ecuador y Cuba, las importantes conferencias que pronuncia en Río de Janeiro, en Córdoba, en

Santiago y en Washington, la segunda parte de *La raza cósmica*, que publica en Barcelona en 1925, se orientan en este sentido. Vasconcelos se siente heredero del arielismo de Rodó, que intenta concretar aplicándolo a situaciones precisas.

Falta mencionar su tesis de la “raza cósmica”, tan controvertida ya desde su publicación, incluso por intelectuales como José Carlos Mariátegui que hasta entonces había compartido la mayoría de las posturas de Vasconcelos. Ciertamente, el término de “raza” se prestaba a confusión y el propio Vasconcelos le daba un contenido más bien nebuloso, aunque situado en las antípodas de las concepciones de Le Bon, Vacher de Lapouge o Gobineau. En realidad, este texto no es un ensayo sociopolítico semejante a los propuestos por José Ingenieros, Manuel Ugarte o Francisco García Calderón. Es una primera tentativa de cristalizar ciertos mitos continentales, de crear un movimiento de adhesión emocional más que razonada alrededor de una unión iberoamericana (dentro de la cual España recobraría su sitio), para instaurar una mística continental, con sus misterios (la Atlántida), sus impulsos, su irracionalidad, sus mandamientos: búsqueda apasionada de la belleza; cultivo de la lengua castellana, que confiere a cada ciudadano hispanoamericano carta de “ciudadanía espiritual”; desarrollo del gusto, que se define como “el misterio que es la razón secreta de toda estética”.

La primera parte de *La raza cósmica* es una especie de breviario que permitirá a Hispanoamérica entrar en la era estética. No es una “obra de observación”, para retomar una distinción hecha por entonces por Romain Rolland acerca de la obra de Rabindranath Tagore; es una “obra de iluminación poética y profética”. Como subrayó José Carlos Mariátegui, *La raza cósmica* debía alimentar un mito, ya que “privada de mito, la existencia del hombre no tiene ningún sentido histórico”.

Por tanto, Vasconcelos se rehusó a circunscribir el “renacimiento” mexicano dentro de las fronteras nacionales. México debía volverse hacia sus vecinos del continente ibérico y latino, para oponer un frente al “Calibán” del norte, pero también para redescubrir, redefinir y reafirmar raíces, una lengua, aspiraciones comunes. Gracias a la acción emprendida por Vasconcelos,



México pierde, ante sus vecinos del sur la imagen estereotipada y negativa que había adquirido en Hispanoamérica, y algunas realizaciones culturales y educativas iniciadas entre 1920 y 1924 son retomadas en el Caribe y en el sur del continente. En México mismo, las iniciativas de Vasconcelos a escala continental estuvieron lejos de suscitar la misma adhesión que su política educativa; salvo raras excepciones, las asociaciones estudiantiles, por ejemplo, guardaron extrema reserva. Queda claro que el país no estaba dispuesto a aceptar un “gobierno de los filósofos” destinado a facilitar y organizar el advenimiento del “internacionalismo ideal”.

El 1 de julio de 1924, José Vasconcelos, por segunda vez en pocos meses, presentó su renuncia al presidente Obregón, quien la aceptó. Oficialmente su partida tenía por motivo el hecho de que Vasconcelos presentaría su candidatura para el puesto de gobernador de Oaxaca, su estado natal. En realidad, desde el asesinato del senador Field Jurado en enero de 1924 habían surgido divergencias políticas profundas entre Álvaro Obregón y su secretario de Educación. La disminución espectacular del presupuesto para el año de 1924, que limitaba considerablemente la acción de la Secretaría en los aspectos pedagógico y administrativo, terminó por convencer a Vasconcelos de que, en adelante, no dispondría ya de medios para aplicar sus políticas.

Su partida frenaría —por cierto menos en lo cuantitativo que en lo cualitativo— el impulso de la educación y de la difusión cultural en México. Le faltó tiempo. Su obra habría tenido alcances aún mayores si hubiese podido continuar algunos años más. Según revela Pedro Henríquez Ureña en una carta inédita de Alfonso Reyes —17 de noviembre de 1923—, Vasconcelos hubiese querido continuar a la cabeza de la SEP tras el periodo de Obregón para proseguir su trabajo, pero también para presentar en condiciones óptimas su candidatura a la presidencia de la República en 1928. Mas, según Henríquez Ureña, Vasconcelos no pudo soportar el aislamiento político en que se encontró a su regreso de Sudamérica: “La realidad es que él se sintió aislado, postergado, y deshechos sus sueños de candidatura presidencial, y hasta quizás de poder continuar en el gobierno, con lo cual su candidatura, de no ser en 1924, sería en 1928.”

Ciertos ajustes técnicos fueron realizados, bajo la presidencia de Plutarco Elías Calles, por Moisés Sáenz, quien creó verdaderos centros de enseñanza secundaria, reformó la escuela primaria y las normales, desarrolló la escuela rural y la educación de los indígenas. Sin embargo, esa política seguida después de 1924 fue, como señala Samuel Ramos en *Veinte años de educación en México*, excesivamente formalista, abordando los problemas “por abajo” en sus aspectos “rutinarios y concretos”, mientras que Vasconcelos los había enfocado “desde arriba” y globalmente.

Durante largo tiempo la educación y la cultura en México llevarán la huella de la acción incansable e inspirada conducida por Vasconcelos entre 1920 y 1924. Por décadas, los sucesivos secretarios de Educación han destruido o modificado ciertas partes de su plan; pero el edificio, en su conjunto, sigue en pie. Esta permanencia se explica por el hecho de que Vasconcelos fue el primero en concebir y aplicar un plan *global*, que sin duda necesitaba modificaciones y ajustes coyunturales, pero que proponía dos orientaciones capitales para la evolución del México contemporáneo: logró convencer al país de que la Revolución también concernía a la educación, y que mientras ésta no fuese reformada profundamente, no se podría cambiar el orden social ni tendrían repercusión las conquistas fundamentales del movimiento nacido en 1910. El segundo punto se refería al alcance y la orientación que había de imprimirse a la reforma educativa y cultural: México debía comprometerse resuelta y totalmente con una educación *popular*, capaz de llegar a esa inmensa mayoría de ciudadanos hasta entonces marginados del desarrollo nacional. La escuela debía proliferar a lo largo y ancho del país y llegar a las regiones más apartadas, más ignoradas, más desheredadas. La enseñanza y la cultura debían recobrar esa fe misionera que animó a los predicadores españoles del siglo XVI.

A través de la acción de su secretario de Educación, México encara sus dificultades y lagunas, pero también sus posibilidades y recursos. México toma realmente conciencia de sí mismo. A su manera, dirigiéndose a un público enorme y heterogéneo, Vasconcelos emprende esta obra de autoconocimiento (o de “reconocimiento”) que más tarde continuarán, a otra escala y con



distinto registro, Samuel Ramos, Emilio Uranga, Leopoldo Zea, Octavio Paz. Gracias a Vasconcelos, México pierde su rostro mimético y se arranca sus primeras máscaras.

A través de la educación —que necesariamente ha de tener una dimensión técnica, práctica, aplicada— el mexicano debe, a la vez, asegurarse el dominio sobre su entorno físico y socioeconómico y conquistar el derecho a la seguridad y el bienestar material. Pero esa “revolución por la escuela” busca también llegar a las “almas”, hacer que los mexicanos se conozcan y se superen. Esta moral de la superación no se ejercita en un sentido nietzscheano, sino que retoma la búsqueda de la serenidad propia de las grandes civilizaciones oriental y griega; no va tras la ganancia, ni persigue el ejercicio de la voluntad de poder; su ética —que recuerda la de ciertos intelectuales europeos al terminar la primera Guerra Mundial— se basa en la concordia, la ayuda mutua, la tolerancia, el respeto; pero también en la conquista de un absoluto, de una trascendencia. Es por ello que, entre sus inspiradores, se cuentan Liebknecht y los Evangelios, Plotino y Romain Rolland, Pitágoras y Rabindranath Tagore.

Indudablemente, esta parte del “mensaje” de José Vasconcelos no ha sido fácilmente comprendida, porque también para eso le faltó tiempo y porque su discurso ideológico se enfrentaba a retóricas rivales más poderosas: la de los sindicatos, la de los políticos y las autoridades locales. Pese a esa ausencia de eco, Vasconcelos demostró —desafortunadamente sin hacer escuela en lo inmediato— que para ser eficaz y comprendida, toda empresa educativa y cultural debe ir animada por un gran propósito nacional.

En mayo de 1925 el águila remontaría el vuelo hacia tierras extranjeras. Quizás no era ya sino un pelícano. La fábula es de todos conocida...